

ciones del pueblo y del clero. El duque de Calabria, Rogerio hijo de Roberto Guiscardo, y Jordan, Príncipe de Cápua, ayudaron poderosamente á los prelados á sostener y á persuadir á Victor, el cual temió por último incurrir en la ira de Dios, si abandonaba mas tiempo á la Iglesia dejándola espuesta á continuar en los terribles males que padecía. Despues de haber estado en Roma como unos ocho dias, volvió otra vez á Monte-Casino, pero considerándose ya encargado del régimen universal de la Iglesia.

60. El mismo dia en que fue consagrado el Papa Víctor, llegaron á Bari, ciudad de la Pulla, las reliquias de San Nicolás de Mira, conducidas por algunos comerciantes de la misma ciudad, que las habian robado, creyendo honrarse con esta accion, la cual seguramente no tuvo nada de heroica (1). Aunque estas reliquias eran muy célebres en oriente y aun en occidente, como se vé por los martirologios de Adon y de Usuardo, estaban fiadas al cuidado de solo tres monges en una iglesia del pais de Mira, situada en un parage casi desierto. Desembarcaron los comerciantes italianos en una costa inhabitada con cuarenta y cuatro hombres que sacaron de sus navíos, se internaron hasta la distancia de tres millas, y consumaron su robo piadoso, sin haber hallado la menor resistencia. Los habitantes de Mira, pueblo situado encima de un monte á una milla de la iglesia en que descansaban las reliquias, no supieron que se las habian llevado hasta que estaban ya en alta mar. Al

(1) *Sur. die 9. Maji.*

momento acudieron á la orilla bien provistos de armas; pero solo pudieron dar vanos testimonios de furor y de desconuelo, cosas que se llevaba el viento con los robadores de su santo tesoro. Luego que llegó este á Bari, hubo un concurso prodigioso de las ciudades y pueblos inmediatos, y despues de toda Italia y de los demás paises de occidente. En el primer dia hubo mas de treinta personas que sanaron de todo género de enfermedades, y muy en breve fue imposible contar estos milagros, segun refiere el arcediano Juan que habia sido testigo de ellos, y escribió poco despues la historia de esta traslacion. La gran celebridad del culto de San Nicolás en todo el occidente desde aquella época es por sí sola una prueba irrefragable de las maravillas que allí se hicieron.

61. En este mismo año fallecieron dos santos personajes, honrados por la Iglesia con culto público. El primero es San Arnulfo, obispo de Soissons, que murió en el monasterio de Outtemburgo, fundado por él mismo en Flandes (1). Habia nacido en Brabante de padres nobles, y al principio se distinguió en el egercicio de las armas. Favorecido desde entonces con las bendiciones del Señor, se negó á varios matrimonios honoríficos que le propusieron con grandes posesiones; y con pretesto de pasar á la corte de Francia, abandonó su pais, y fue á abrazar la vida monástica á San Medardo de Soissons. Algun tiempo despues se constituyó en el estado de recluso, con el permiso de su abad. En este retiro austero no

(1) *Sæc. VI. Bened. part. 2. pag. 528.*



comia mas que un poco pan de cebada, ni tenia mas bebida que el agua; estaba á cielo descubierto de dia y de noche, y observaba un silencio tan riguroso que estuvo tres años y medio sin hablar, esto es, hasta que le sacaron de su reclusion, para que se encargase del gobierno de la abadía. Luego que le mandó su obispo Thibaldo tomar el báculo que le habian destinado los monges, pidió por escrito (temiendo quebrantar el silencio) que se le concediese espera hasta el dia siguiente á fin de examinar despacio la voluntad de Dios. Se condescendió con sus deseos; pero se le pusieron guardas de vista para que no huyese aprovechándose de las tinieblas de la noche; y habiéndose dormido los que le guardaban, saltó las tapias y huyó á las cercanías de Leon, donde supo que le buscaban con grande anhelo, y descubriendo al mismo tiempo un lobo se puso á seguirle, figurándose que aquel animal silvestre le alejaria seguramente de los hombres. Pero sucedió todo lo contrario, porque yendo detrás de la guia feróz que habia elegido, se acercó á Soissons por caminos desconocidos, y no tardó en ser descubierto. Conociendo entonces la voluntad de Dios, rompió el silencio y se rindió á los deseos de sus hermanos.

Muy en breve manifestó su talento extraordinario para el gobierno. En poco tiempo volvió á poner el monasterio que estaba casi arruinado en el mejor pie, así en lo espiritual como en lo temporal. Como tenia disposicion para todo, y habia sido anteriormente gran soldado, exigió el Rey Felipe que le acom-

pañase á la guerra con los vasallos de la abadía, segun la costumbre antigua. El santo quiso mas bien dejar el báculo, que volver otra vez al tumulto del siglo despues de haberle renunciado, y abrazó de nuevo la vida de recluso; donde se ilustró con todas las virtudes propias de aquella profesion, y aun con grandes obras de caridad, con prodigiosas conversiones con el espíritu de profecía y con milagros brillantes. Esto era San Arnulfo cuando le arrancaron segunda vez de la soledad, para colocarle en lugar del intruso Ursion, despues de la muerte del obispo Tibaldo, en la Silla de Soissons. Se le obligó al humilde Arnulfo á presentarse, pena de excomunion, en el concilio de Meaux, donde el legado Hugo le mandó en virtud de santa obediencia, que aceptase el obispado. Al ponerse en camino para Soissons, envió á decir á la Reina Berta que le habia suplicado pidiese al cielo que le diese hijos, que estaba embarazada de un niño que se llamaría Luis, y sucederia al Rey su padre. Complióse puntualmente la prediccion con el nacimiento de Luis el Gordo, verificado en aquel mismo año, que era el de 1087. Algun tiempo antes habia profetizado el santo á la misma Princesa, la cual desterró á Geraldo, abad de San Medardo, que seria desterrada del reino, y moriria llena de afliccion y de vilipendio: lo que se cumplió con menos prontitud; pero con igual puntualidad, como veremos mas adelante.

Tantas virtudes y dones maravillosos no bastaron para hacer que Arnulfo viviese con mas tranquilidad



en su Silla; porque si bien su pueblo y todas las personas estimables de su clero le manifestaban la mas perfecta adhesion; pero el usurpador Ursion, protegido por el Rey, se mantuvo en la posesion de la Silla, y el obispo legítimo se vió reducido á establecerse en el castillo de Ouchi, en la misma diócesis, donde egercia sus funciones mediante la proteccion de Tibaldo, conde de Champaña. En el año 1084, pasó á Flandes de orden del Papa, con una comision tan delicada, que nadie se habia atrevido á encargarse de ella. Tratábase de interceder con el conde Roberto, Príncipe violento y celosísimo de conservar su dominio, á favor de algunas personas acusadas de conspiracion contra él; y no solo aplacó el santo á aquel Príncipe terrible, sino que restableció la concordia y la caridad cristiana entre unos pueblos tan acostumbrados al derramamiento de sangre que se mataban los parientes mas cercanos por las menores desavenencias. Entonces fundó un monasterio de monges Benedictinos en Outtemburgo. En el mismo año volvió á su diócesis para atender al gobierno de ella; pero como continuase atormentándole el Rey Felipe, renunció un obispado en que no podia hacer ningun bien, y fue á encerrarse en su antigua celda de recluso, para pensar únicamente en la muerte. Habiéndose renovado en Flandes los desórdenes al cabo de dos años fueron las principales personas de la ciudad de Outtemburgo en un monge de aquel monasterio á suplicarle que los socorriese. No pudo negarse á sus instancias y á sus lágrimas;

pero cayó enfermo á los siete dias de su llegada, y murió á las tres semanas. Lo que no habia podido conseguir de los flamencos por medio de sus palabras, lo logró con la elocuencia muda de sus reliquias, las cuales les representaron vivamente todo lo que les habia dicho acerca de la felicidad de servir al Señor en paz.

62. San Canuto, Rey de Dinamarca, el mismo, segun se cree, á quien se da el nombre de Acon en las cartas de Gregorio VII mereció ser colocado entonces en el número de los mártires por el celo de la fe, que fue causa de su muerte (1). Con el objeto de estender la Religion mas bien que de hacer conquistas, continuó las expediciones de su padre contra los bárbaros que habitaban al oriente del mar Báltico. Despues de haber acabado con los reinos de Curlandia, Sembria y Estonia, se aplicó principalmente á establecer el reinado de la justicia y el esplendor de la Iglesia. A fin de conciliar á los obispos la veneracion de los pueblos, en quienes tiene tanto influjo el lustre exterior, los igualó con los duques que formaban el primer orden del estado. Eximió al clero de la jurisdiccion secular, y permitió á los jueces eclesiásticos imponer castigos por los delitos contra la Religion, atribuyéndoles el conocimiento esclusivo de estos asuntos. Quiso tambien que se pagasen los diezmos; pero esta providencia causó una revolucion general, y los señores de quienes esperaba mayor fidelidad, fueron sus mas peligrosos ene-

(1) *Bell. Sax. lib. 2. pag. 194.*



migos. Se vió precisado á huir á Sleswick, y despues á la isla de Fionia, donde estando oyendo misa, como lo tenía de costumbre todos los dias, fue acometido por los rebeldes. Viendo que echaban abajo las paredes, llamó un sacerdote, se confesó con grandes sentimientos de penitencia, y luego se postro delante del altar con los brazos en cruz. En esta postura recibió mil heridas sin hacer el menor movimiento. Los milagros que se hicieron en su sepulcro, manifestaron muy pronto su santidad. Fueron tales que no pudiendo negarlos los autores de su muerte, y no queriendo confesar su delito, dijeron que se habia santificado por medio de la penitencia en los últimos momentos de su vida.

No se debe confundir á este Santo Rey con su sobrino el duque Canuto, tambien mártir, á quien honra la Iglesia el 7 de Enero. La Reina Adela, viuda del Rey Canuto, se retiró con su hijo Carlos á los estados de su padre Roberto el Frison, conde de Flandes. Heredó Carlos este condado, en el cual se mostró digno de la sangre de los santos que circulaba por sus venas, y mereció ser colocado tambien en el número de aquellos que reciben culto público de la Iglesia. Algunos cronologistas de buena nota refieren la muerte del Rey Canuto al año 1086.

63. La muerte de Guillermo el Conquistador hizo tanta sensacion en el mundo cristiano, que no era posible se dudase de la época en que sucedió (1). Habia entrado en Francia este Príncipe para vengar-

(1) *Oderic. lib. 7. pag. 655.*

se del Rey Felipe por una chanza que se le escapó contra él, y aun dió en efecto una leccion eternamente memorable á todos los Príncipes burlones. Habiendo preguntado Felipe, á causa de la gordura excesiva de Guillermo, que le obligaba á estar mucho tiempo en cama ¿cuándo se levantaba despues de su parto? „Por el esplendor de Dios (dijo Guillermo) que sabrá cuando me levanto, al ver la luz funesta de las hachas encendidas que le he de llevar.” Cumplió su palabra, entró inmediatamente en Francia, lo incendió todo, consumió las viñas y las mieses, y deteniéndose algun tiempo en la ciudad de Mante, redujo á cenizas la Iglesia de nuestra Señora y algunos reclusos, cuyas celdas estaban contiguas á ella. Al momento fue acometido de la enfermedad que le quitó la vida, y luego que calmó su furor, creyó que era un castigo de sus atrocidades. Mandó que le llevasen á Roan, donde Guiberto, obispo de Lisieux, y Goutardo, abad de Jumiega, que eran sus médicos, le anunciaron que le faltaban muy pocos dias de vida. No pudo menos de gemir cuando oyó una noticia tan fatal. Sin duda temia poco este héroe á la muerte, pues la habia arrostrado tantas veces en los combates; pero le estremecia el juicio terrible del Señor, al cual iba á presentarse antes de haber hecho penitencia.

Sin embargo, trajo á la memoria los grandes sentimientos que jamás habia perdido, aunque no siempre los puso en práctica. A fin de espiar, en cuanto se lo permitian las circunstancias, los pecados que



habia cometido , legó sus tesoros á las iglesias y á los monasterios, y en particular mandó dar una cantidad considerable de dinero al clero de Mante, para reedificar las iglesias que habia quemado en la última guerra. Hecho esto confesó , detestó públicamente los escándalos de su conducta , y recibió el santo viático con vivas demostraciones de arrepentimiento. Despues concedió la libertad á todos los prisioneros, escepto Odon hermano suyo uterino , obispo de Bayeux. Le pidieron que no hiciese una escepcion que podria dar motivo para sospechar algun resentimiento. Pero Guillermo, digno del trono, hasta la última hora de su vida supo distinguir entre la casa del Rey y sus intereses personales. „Vosotros me pedís, dijo, por un obispo que es la deshonor de la Religion, y por un sedicioso que luego que se vea en libertad volverá á ser el azote del reino.” No obstante cedió á sus ruegos, no por un vano escrúpulo, cuya debilidad era incompatible con el carácter de este grande hombre, sino porque veía que era inútil insistir en su empeño, y que despues de su muerte no dejaria de quedar libre un cautivo tan ilustre.

Quiso evitar Guillermo, en cuanto estuviese en su mano, todo motivo de disturbio, disponiendo él mismo de sus estados. Tenia tres hijos, que eran Roberto, Guillermo y Enrique. Roberto se habia revelado muchas veces, y estaba á la sazón en la corte del Rey de Francia: Guillermo y Enrique permanecian con su padre. Aunque era Roberto el primo-

génito no se le dió mas que el ducado de Normandía; á Guillermo que era el menor de los tres se le adjudicó el reino de Inglaterra, y á Enrique se le dieron pensiones, con una cantidad considerable de dinero. Tomando despues el Rey la palabra delante de todos, y proponiendo á sus hijos lo que debian imitar en su conducta; „Yo he honrado siempre á la Iglesia, dijo con un tono muy patético, y jamás he vendido las dignidades eclesiásticas. Al contrario, he creído que una de mis obligaciones mas principales era la eleccion de prelados. Ahí teneis á Laufranco, arzobispo de Cantorberi, y á Anselmo, abad del Pico, entre otras tantas personas piadosas y sabias, á quienes he constituido en dignidad. Los llamaba de todas partes para tenerlos á mi lado, y me gobernaba por sus consejos. Mis padres habian fundado en Normandía nueve abadías de monges y una de religiosas; y gracias á Dios han florecido mas y mas en mi reinado, y mediante mis beneficios. Tambien he confirmado gratuitamente todas las donaciones que han hecho mis barones á la Iglesia, así en Inglaterra como en Normandía. Desde que soy duque, se han edificado diez y siete monasterios de hombres y seis de mugeres, en los que se sirve al Señor con edificacion. Estas son las mas seguras fortalezas de la Normandía. Defendedlos de la impiedad, así como ellos os defienden de los insultos del infierno.” Algunos momentos despues de este discurso, oyó tocar á prima en la catedral, y levantando los ojos y las manos al cielo, dijo: me encomiendo á nues-